

# La Perseverancia (IV)

## A martillazos se hunde el clavo

E.W.S.

**A** sí reza el sabio refrán y la idea gráfica que despierta es un claro ejemplo.

Podréis poner mucha fe en una empresa, podréis poner en ella todos vuestros entusiasmos, podréis haberla reflexionado antes de comprenderla, estudiándola a través de los más sabios juicios pero, si falta la facultad de la perseverancia, serán inútiles cuantas cualidades hayáis puesto en acción.

Poco a poco, sin esforzarse, a martillazos se hunde el clavo. Es inútil pretender precipitar la operación porque os exponéis a dar un golpe en falso y, en tal caso, echaríais a perder vuestra obra; poco a poco, se va avan-

Ciencia: se empieza de aprendiz y poco a poco se van alcanzando grados más elevados

Si un hombre se propone ser rico, puede llegar a serlo perseverando; el ahorro es un aspecto de la perseverancia, la gota de agua que perfora las rocas.

Precisamente las tendencias son malas por ser un aspecto irreflexivo de la perseverancia y ésta, como toda herramienta, ha de ser bien manejada para resultar eficaz. Si la tendencia natural de un hombre es, por ejemplo, la del derroche, el hombre de nuestro ejemplo jamás llegará a reunir un céntimo a no ser que otra perseverancia reflexiva, la única reco-

Luego, una vez satisfechas todas las exigencias elementales de la higiene, podéis ir perfeccionando, cuidando vuestras facultades, siendo el éxito imposible sin la base de un perfecto equilibrio en el sistema nervioso.

### TAMBIÉN ES VIDA

La perseverancia es efectivamente vida porque consiste en un aprovechamiento del tiempo hasta en los más ínfimos latidos; es vida sana porque es moderada y racional; es vida de satisfacción porque constantemente se ve coronada por el éxito; es vida de paz porque trae consigo serenidad y sosiego; es vida rica porque, poco a poco, va acumulando trofeos y sumando victorias, y lo es también porque es ahorro y economía; es seguridad, firmeza, razón, poderío... Pero hay que advertir, para quienes tomen demasiado al pie de la letra estas indicaciones, que la perseverancia no es cosa divina, como ninguna de las facultades del hombre; por consiguiente, si alguna vez, a pesar de llegar a ser perfectos perseverantes, no alcanzáis el éxito, os desesperaréis por todos los esfuerzos realizados sin resultado, ello será debido a la sobre-fuerza que domina al hombre y contra la cual no hay otro remedio que el optimismo; no la resignación del débil sino el optimismo del fuerte lo que conduce al siguiente consuelo, "No he vencido pero me he vencido y, por lo tanto, venceré".

Por otra parte, esa facilidad que llega a darse en la perseverancia es otra demostración de que perseverancia es vida.

### LA SUERTE ES EL PEOR ENEMIGO

La suerte es el peor enemigo de la perseverancia por lo mismo que lo es también del hombre. Es ingrata y

## Más perjuicios genera la falta de esmero que la falta de saber

zando por los caminos de la vida y es inútil pretender recorrerlos más aprisa porque en vuestra precipitación os exponéis a equivocarse la ruta y de nada serviría todo lo adelantado.

Cogeos del brazo de la perseverancia y adelante. Que la reflexión camine delante para guiarnos pero no soltéis a vuestra fiel compañera, que os hará agradable el camino y en su brazo hallaréis fuerte apoyo cuando la fatiga o el desaliento os intenten doblegar.

### LA PERSEVERANCIA TIENDE A LA PERFECCIÓN

Perseverando tenderéis indiscutiblemente a perfeccionaros porque la perseverancia no es sino un ejercicio rítmico cuyas repeticiones tienden a prestar agilidad, a fortalecer, a afirmar. Las fases de agilidad son las mismas de un Oficio, de un Arte, de una

mendable, reduzca sus instintos o, mejor dicho, los invierta.

La gimnasia es otro aspecto de la perseverancia. Poco a poco, racionalmente, por medio de una serie de ejercicios diarios, podréis llegar a desarrollar vuestro cuerpo. La perseverancia es una fuerza lenta pero segura y sólo una serie de esfuerzos lentos, pero seguros, continuados, podrán daros el vigor necesario para contrarrestar cuanto se oponga a vuestros fines. Como se ha dicho, los componentes de la perseverancia son salud, paciencia, raciocinio, precisión, seguridad, fe, conciencia...; Casi nada! Si la perseverancia ofendiese a alguno de estos componentes, la obra realizada siempre se resentiría de ello.

A la salud del cuerpo es lo que debéis atender ante todo y no precisamente porque sea cosa principal, sino por ser condición indispensable.

# “Emplead bien vuestro tiempo, si queréis merecer el descanso, y no perdáis una hora puesto que no estáis seguros ni de un minuto”

variable y precisamente en tales características está su explicación. Si la suerte fuese segura y recta como la perseverancia, ya no deberíamos hacer elogio de ésta sino de aquélla y ya no sería tal. Suerte y desgracia son dos palabras con las cuales se denomina la satisfacción o el enojo de los hombres y ni una ni otra existen en absoluto. La suerte y la desgracia tienen una vida efímera como la bondad y la maldad y así como el término medio, el justo, de éstas, consiste en la justicia, en la razón, el término medio de la suerte y la desgracia consiste en la perseverancia.

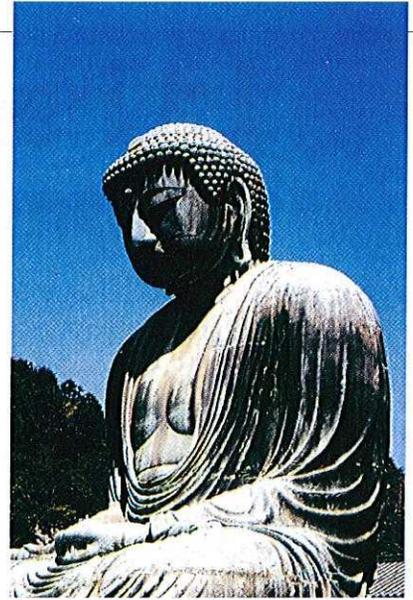
La suerte trae consigo la indigencia, la pereza, el abandono, la vanidad, la confianza, pero no la confianza en sí mismo sino el olvido de sí mismo y la confianza en poderes de hechicería, que son pecados de razón. Bueno es que viváis con el corazón alegre y jovial, pero cuando una empresa os salga bien por casualidad, por azar, por suerte, no debéis envaneceros demasiado y menos confiar en la repetición de un éxito semejante porque en tal caso olvidaréis por comodidad las seguridades de la semejanza para caer en las tentadoras contingencias del acaso.

El juego es la demostración más palpable de lo que antecede. En el juego siempre hay una parte de ganancias y una parte de pérdidas y, sin embargo, los jugadores todos se entregan a él para ganar. ¡Incautos! ¿No sería mejor que todos sus cálcu-

los y todos sus desgastes de energías y todas sus combinaciones las pusieran en una perseverancia? ¡ Ah, la comodidad cuántas víctimas ocasiona ! Me decía un amigo en contradicción con mis consideraciones acerca de este punto, “*Yo he visto muchos hombres que hallaron su riqueza en el juego, la suerte les favoreció*”. ¡ Ingrato ! -dije yo- “*Tú no te fijaste más que en los amigos gananciosos, sin pensar en los hermanos que perdieron lo que aquéllos ganaron.*” “*¡ Sí... pero el caso es que la suerte les favoreció!*” Yo pensé (no me atreví, por cortesía, a decírselo a mi amigo). ¿Entonces también es suerte lo que favorece al ladrón y le deja en la impunidad? Emplead el procedimiento que queráis (mientras sea trabajando) para pasar a vuestros bolsillos lo que estaba en el del prójimo, pero os aseguro que lo que pasaréis a vuestro poder por medio del juego no os será jamás provechoso, porque ¡ ay de aquél a quien la suerte le favorezca ! ¡ Ay de aquél que llegase a enamorarse de los favores de esa liviana mujer a la cual llaman Suerte los gananciosos ! La suerte es una coqueta caprichosa de la cual hay que huir.

## LA CIENCIA DEL BUEN RICARDO

Entre las célebres producciones del maestro **Benjamín Franklin** descuella una cuyo título es el de este epígrafe y cuyo valor es tan enorme como lo fuera su éxito. En sus Memorias hay unas noticias acerca de la expresada producción y son tan inte-



resantes y tan a propósito para el desarrollo de nuestro tema, que nos atrevemos a copiar íntegro el pasaje en la seguridad de que nuestros lectores aplaudirán nuestro recurso:

Dice así el pasaje:

*“En 1732 comencé a publicar mi Almanaque bajo el nombre de Ricardo Saunders: lo continué durante veinticinco años y lo llamaban comúnmente el Almanaque del buen Ricardo. Habiéndome esforzado en hacerlo tan ameno como útil, logré tal despacho, que me produjo beneficios considerables: cada año vendía cerca de diez mil ejemplares. Viendo que era generalmente leído y que corría por toda la provincia, lo consideré como un medio muy propio para propagar la instrucción en el pueblo, que rara vez compraba otros libros. Así pues, con sentencias proverbiales llené todos los pequeños espacios que se encontraban entre los días notables del calendario escogiendo las más propias para inspirar amor al trabajo y a la economía como medio de fortalecer la virtud; porque es difícil que un hombre que se halla en la necesidad sea siempre honrado, o, como dice uno de los mismos proverbios, “es difícil que un saco vacío se mantenga derecho”. Reuní estos proverbios que contenían la experiencia de los siglos y de las naciones, formando con ellos un discurso seguido que coloqué a la cabeza del Almanaque de 1757 como una arenga hecha por un prudente anciano*

que asistía a una almoneda. La reunión en un solo punto de todos estos preceptos que se hallaban esparcidos los puso en el caso de producir una impresión más fuerte. Habiendo sido universalmente aprobado este trozo, se copió en todos los diarios del continente americano y se reimprimió en Inglaterra en papel especial, a manera de cartel. Hicieronse dos traducciones en Francia y, tanto los curas como los señores pudientes, compraron gran número de ejemplares para distribuirlos entre sus feligreses y súbditos. Como en este escrito encargaba no hacer gastos inútiles en objetos superfluos de producciones extranjeras, muchas personas opinan que tuvo su parte de influencia para producir en Pensylvania la abundancia de numerario que se notó algunos años después de su publicación”.

Vamos a reproducir los principales párrafos cuyo título completo es el siguiente:

### LA CIENCIA DEL BUEN RICARDO O EL CAMINO DE LA FORTUNA

Amigo lector:

He de decir que nada causa tanto placer a un autor como el ver sus obras citadas con veneración por otros escritores sabios. Rara vez he podido disfrutar de este placer porque, aun cuando puedo decir con vanidad que de un cuarto de siglo acá me he formado anualmente un nombre distinguido entre los autores (de almanaques), poquísimas veces me ha sucedido, e ignoro la causa, que mis colegas, en el mismo género de escritos, me hayan honrado con el menor elogio ni tampoco que ningún autor haya hecho de mí la menor mención; de suerte que, a no ser por la pequeña utilidad efectiva que he tenido de mis producciones, la escasez de aplausos me habría desalentado enteramente.

Al fin he inferido que el mejor juez de mi mérito era el pueblo pues compraba mi almanaque, y con tanta mayor razón lo he creído así, por cuanto, viviendo entre las gentes sin ser conocido, he oído muchas veces repetir por éste o aquél alguno de mis adagios, añadiendo al fin: “como dice el buen Ricardo..”. Al paso que esto me ha lisonjeado por demás, me ha probado que no solamente se hacía caso de mis lecciones, sino también que se tenía alguna consideración a mi autoridad; y confieso que para excitar más a las gentes a recordar mis máximas y repetir las, me ha sucedido algunas veces citarme yo mismo con el tono más grave. En virtud de lo dicho, juzga, amigo lector, cuán satisfactoria debe haberme sido la siguiente aventura.

Estaba el otro día a caballo en un lugar donde se había reunido mucha gente con motivo de una venta pública y, mientras llegaba la hora, la concurrencia se entretenía en hablar sobre lo mal que van los tiempos. Uno de los concurrentes, dirigiendo la palabra a un personaje cuya cabeza era como un copo de nieve y que iba decentemente vestido, le dijo: “¿Y vos, tío Abraham, qué pensáis de estos tiempos? ¿No sois del parecer de que lo gravoso de las contribuciones acabará por trastornar a este país de arriba abajo? ¿Qué partido se habría de tomar en este asunto? El tío Abraham quedó algún tiempo pensativo y al final replicó: “Si queréis saber mi modo de pensar, voy a decíroslo en breves razones porque al buen entendedor pocas palabras le bastan. No es la cantidad de veces la que llena la medida, como dice el buen Ricardo”. Todos los presentes suplicaron al tío Abraham que hablase y, habiéndose agolpado todos a su alrededor, les dirigió el siguiente discurso:

“Mis queridos amigos y buenos vecinos: es cierto que los impuestos son muy pesados; con todo, si no hubiésemos de pagar más que los que nos pide el gobierno, podríamos lisonjearnos de poderlos satisfacer con más comodidad; pero hay otros muchos aún más onerosos. Por ejemplo, nuestra pereza nos lleva casi el duplo que el gobierno; nuestro orgullo, el triple, y nuestra consideración, el cuádruplo. Estas contribuciones son de tal naturaleza, que les es imposible a los comisionados disminuir su peso, ni librarnos de él. Sin embargo, aún podemos esperar algún remedio si queremos seguir un buen consejo porque, como dice el buen Ricardo en su almanaque de 1733, Dios dice al hombre: “Ayúdate y te ayudaré”.

“Si existiese un gobierno que obligase a los súbditos a emplear regularmente la décima parte de su tiempo en su servicio, no cabe duda de que hallarían esta condición demasiado dura; pero la mayor parte de nosotros estamos impuestos por nuestra pereza de un modo aún más tiránico: porque si se cuenta el tiempo que se pasa en la ociosidad absoluta, esto es, sin hacer nada, o en disipaciones que nada producen, conoceréis que digo la pura verdad. La ociosidad, dice el buen Ricardo, es como el orín, que come mucho más que el trabajo: la llave que se usa continuamente está siempre lustrosa. Pero, si amas la vida, no prodigues el tiempo porque el tiempo es la tela de que está hecha la vida. ¿Cuánto tiempo más del necesario no damos al sueño! Olvidamos que la zorra que duerme no caza gallinas y que sobrado tiempo habrá para dormir cuando se esté en el ataúd. Si el tiempo es el más precioso de todos los bienes, con pérdida del tiempo debe ser también la mayor de todas las prodigalidades puesto que el tiempo perdido no se vuelve a hallar jamás, y lo que llama-

Acostarse temprano y levantarse bien de mañana proporciona salud, fuerza y sabiduría

mos bastante tiempo es siempre demasiado corto. Animo, pues, y obremos mientras podamos. Con la actividad haremos mucho más y con menos fatiga. La pereza hace que todo sea difícil; el trabajo lo vuelve todo fácil; el que se levanta tarde se rebulle todo el día, y apenas principia sus negocios, cuando ya le anochece. La persona marcha con tanta lentitud que la pobreza no tarda en alcanzarla. Haz marchar tus asuntos antes que ellos te espoleen. Acostarse temprano y levantarse bien de mañana proporciona salud, fuerza y sabiduría.

“¿Qué significan los deseos y las esperanzas de tiempos más dichosos? Nosotros haremos los tiempos más felices si sabemos obrar. El trabajo no tiene necesidad de deseos. El que vive de esperanzas se expone a morir de hambre; sin trabajo no hay beneficio. Es menester que me sirva de mis manos porque no tengo tierras o, si las tengo, están sobrecargadas de impuestos; y un oficio vale una hacienda; una profesión es una propiedad que rinde honor y provecho. Pero es menester trabajar de su oficio y seguir su profesión; de otro mo-

dad es la madre de la prosperidad y Dios nada niega al trabajo. Laborad mientras el perezoso duerme y tendréis trigo para vender y guardar. Labrad todos los instantes que llaméis hoy porque no sabéis los obstáculos que podrán sobrevenir mañana. Y también; lo que se pueda hacer hoy no quede para mañana. Si sirviéreis a un buen amo, ¿no os avergonzaríais de que os hallase con los brazos cruzados? Pero ¿no sois vosotros vuestros amos? Ruborizaos pues de sorprenderos vosotros mismos en la ociosidad cuando tanto tenéis que hacer para vosotros, vuestras familias, vuestra patria y vuestro gobierno.

“Me parece oír alguno de vosotros que objeta: ¿Pues qué, no se han de tener algunos momentos de descanso? A eso, amigos míos, os responderé con lo que dice el buen Ricardo: “Emplead bien vuestro tiempo, si queréis merecer el descanso, y no perdáis una hora puesto que no estáis seguros ni de un minuto”.

“El tiempo de descanso puede emplearse en alguna cosa útil. Solamente el hombre activo puede proporcionarse

travario, el trabajo lleva tras sí comodidades, abundancia y consideración. El placer va en busca de quienes huyen de él. La hilandera vigilante jamás carece de camisa. Desde que tengo un rebaño y una vaca, todos me dan los buenos días...

“Pero, además del amor al trabajo, es necesario también tener constancia, resolución y cuidado; es necesario ver los negocios con ojos propios y no descansar demasiado en los ajenos pues jamás he visto que un árbol que se transplanta a cada instante y una familia que con frecuencia muda de casa, prosperen tanto como los que tienen estabilidad. Tres mudas de casa equivalen a un incendio. Guardad vuestra tienda y vuestra tienda os guardará. El que quiera prosperar en sus negocios, hágalos por sí mismo y, si quiere que todo le salga mal, no tiene más que confiarlo a manos ajenas. Para que el labrador prospere es menester que él mismo conduzca el arado. El ojo del amo engorda el caballo. Más perjuicios genera la falta de esmero que la falta de saber. El que no vigila a los obreros entrega su bolsa a su discreción. La demasiada confianza en los otros es la ruina de muchas gentes porque el saber es para el hombre estudioso y las riquezas, para el hombre vigilante; así como el poder es para los valientes y el cielo para los virtuosos. Si queréis tener un criado fiel y que merezca todo vuestro cariño, servíos vosotros mismos. La circunspección y el cuidado son necesarios aun en las cosas de menos importancia porque muchas veces sucede que un leve descuido produce un gran mal. Por falta de un clavo se pierde una herradura; por falta de una herradura se pierde un caballo y, por falta de un caballo, se pierde el mismo jinete, porque su enemigo le alcanza y le mata; y todo ha sido por no haber parado la atención en un simple clavo.

“Basta lo dicho, amigos míos, con relación al trabajo y al cuidado que se debe tener en los asuntos propios; pero, a más de esto, también debemos ser económicos si queremos asegurar el fruto de nuestro trabajo.” ■

## Suerte y desgracia son dos palabras con las cuales se denomina la satisfacción o el enojo de los hombres

do, ni la propiedad ni el empleo nos ayudarán a pagar las contribuciones. El laborioso no tiene que temer la escasez, porque el hambre pasa por delante de la casa del hombre laborioso; pero no se atreve a entrar en ella. Tampoco entrarán los comisionados y los alguaciles porque el trabajo paga las deudas, y la desesperación las aumenta. No es necesario hallar tesoros ni ricos parientes que os instituyan herederos. La activi-

esta especie de descanso que jamás podrá lograr el perezoso. La vida tranquila y la vida ociosa son dos cosas muy diferentes. ¿Creéis acaso que la holgazanería os proporcionará más placer que el trabajo? Os engañáis porque la pereza engendra cuidados y el ocio sin necesidad produce penas intolerables. Muchas gentes quisieran vivir sin trabajar, debiéndolo esto a su ingenio pero se estrellan por falta de fondo. Al con-